

ENTREVISTA

Eduardo Fernandois: “Nos han formateado dentro de un cierto modo de escribir y hay temas que simplemente se sustraen o resisten a ese modo”

Andrés Florit, Instituto de Humanidades, UDP

andres.florit@udp.cl



Recepción 02.06.2016 Aceptación 15.06.2016

Luego de licenciarse en Filosofía en la Universidad Católica de Chile, Eduardo Fernandois realizó su Doctorado en Filosofía en la Universidad Libre de Berlín. Allí publicó, el año 2000, su tesis doctoral *Sprachspiele, Sprechakte, Gespräche. Eine Untersuchung der Sprachpragmatik (Juegos de lenguaje, actos de habla, conversaciones. Un estudio de la pragmática del lenguaje)* e hizo clases como Profesor Asistente entre 1997 y 2003. Luego volvió a Chile y desde el 2004 se desempeña como Profesor Asociado en el Instituto de Filosofía de la Universidad Católica.

Ha publicado una treintena de artículos especializados, sobre todo en filosofía del lenguaje (Wittgenstein, Davidson, metáfora) y teoría del conocimiento (escepticismo, relativismo, verdad). Desde hace algunos años se interesa también por cuestiones de corte existencial, como la del sentido de la vida. Entre sus artículos se cuentan: “Wittgenstein, Geertz y la comprensión de metáforas”; “De por qué en la filosofía importan los ejemplos”; “Imagen, aspecto y emoción. Apuntes para una fenomenología de la metáfora” y “Tugendhat, la filosofía analítica y la pregunta por el ser humano”.

-¿Cómo definirías la “filosofía analítica” y por qué te interesó dedicarte a esa vertiente en vez de la “continental”? ¿Siguen siendo válidas esas distinciones?

Me gusta definir la filosofía analítica de un modo deliberadamente vago, porque es la única filosofía analítica que me podría interesar. Esa descripción vaga sería la de una corriente filosófica que se ha tomado en serio ciertas virtudes intelectuales como la claridad y la argumentación. Pero, claro, bajo tal descripción, Aristóteles es analítico, Kant es analítico, muchos son analíticos. Quizá ciertos autores posmodernos no, pero sí buena parte de la tradición filosófica y, por cierto, mucha de la llamada filosofía continental. Ahora bien, de esa filosofía analítica, en un sentido casi artificiosamente vago del término, habría que distinguir una filosofía analítica en un sentido más específico, llamada a veces “dura”, de la cual me siento muy lejano. Lo que veo ahí es un cultivo de la sutileza lógica por la mera sutileza lógica, una filosofía que acaba transformándose en una especie de pasatiempo cerebral; un juego, como el ajedrez, en el que se trata de ser listo, el más *clever*

(cuando un filósofo analítico de este tipo propone tal o cual solución, suele dibujar una sonrisa autocomplaciente, como queriendo decir: “¡miren qué ingenioso he sido!”; hay algo medio pueril en todo esto, no lo que uno llamaría “madurez intelectual”). Pues bien, el problema es que se termina perdiendo de vista la relevancia de los temas. Una filosofía transformada en escolástica, discusiones bizantinas que a nadie interesan o solo a dos o tres especialistas que se envían *papers* entre sí, pero que ya son incapaces de desandar el camino que va desde una discusión especializada hacia las preguntas que echaron a andar la investigación. Lo que se pierde es, en definitiva, la importancia práctica y espiritual que indudablemente la filosofía ha tenido a menudo y que —no veo por qué no— puede continuar teniendo. Hay otros autores en el mundo anglosajón, como Bernard Williams, Harry Frankfurt, Thomas Nagel o Robert Nozick, que sí es posible leer, pienso, con enorme provecho. No me nace llamarlos continentales, pero tampoco analíticos. En sus textos esta distinción efectivamente se desdibuja. Ojalá hubiera más autores como esos en los países con fuerte presencia analítica.

-¿Y cuál es la situación de la filosofía analítica hoy? ¿Hay filosofía analítica en Chile?

Sí, existe la *Sociedad Chilena de Filosofía Analítica* que fundó hace algunos años Francisco Pereira y que ha organizado un par de buenos encuentros. Y es de esperar que en esa instancia se discuta sobre el estado actual de la filosofía analítica “dura” y siga existiendo cabida para analíticos “blandos”. También hay un congreso de filosofía analítica organizado por estudiantes de la Católica de Valparaíso; si no me equivoco, se realizará este año por segunda vez. En fin, se han formado también grupos de lectura y, en general, se podría hablar de un cierto crecimiento lento, pero seguro, durante los últimos años. Ahora bien, también hay que decir que la presencia de la filosofía analítica en Chile es más bien reciente y no muy extendida. No se la puede comparar con la que ha tenido y sigue teniendo esta corriente en países como Argentina y México. Y si acaso la filosofía analítica en Chile seguirá creciendo o no, y de qué forma, es algo sobre lo cual no me atrevería a hacer ningún pronóstico.

-Eres parte de una generación de Doctores que han estudiado afuera y luego han vuelto a Chile a insertarse profesionalmente en el medio filosófico. Has obtenido financiamiento de Fondecyt para tus investigaciones, estás contratado en una universidad, ¿en qué medida este profesionalismo facilita y en qué medida perjudica el modo de hacer investigaciones filosóficas hoy?

Se dice que la profesionalización de la filosofía en Chile arranca más o menos en la década de los 50, con Roberto Torretti, Carla Cordua y otras personas que por esos años comienzan a ir a congresos, a publicar periódicamente en revistas prestigiosas, etc. Yo diría que en todo eso que llamamos profesionalización hay aspectos positivos y que en más de un sentido uno puede sentirse contento de que las cosas ya no sean como en los años 30 o 40. Sin embargo, hay también grandes riesgos asociados a esa profesionalización y hoy en día me parece más importante resaltar los peligros que las ventajas. Está, por ejemplo, el fenómeno de la especialización, que se da precisamente de un modo extremo en la corriente analítica. Tugendhat, el filósofo alemán que llevó esta corriente a Alemania,

pero que no es en absoluto un filósofo analítico duro, se refiere críticamente a una “compartimentalización de la filosofía”. Se pierde toda mirada de conjunto, nadie sabe lo que se estudia en áreas distintas de la propia. Si incluso *dentro* de una disciplina filosófica, un colega muchas veces no conoce los temas que trabaja otro.

Otra cosa que yo criticaría en una profesionalización excesiva es que termina menoscabando el ímpetu filosófico más originario: cuando comenzamos a estudiar filosofía, a muchos nos dijeron que todo esto tiene que ver con asombro y ocio, que en algún sentido no sirve para nada y que se hace porque resulta satisfactorio en sí mismo. Sin embargo, si uno observa la actividad filosófica actual, no solo en Chile sino que en todas partes, lo que registra es un quehacer afanoso y agitado que da más bien la impresión de ser un negocio. Y el negocio, aunque sea filosófico, es la negación del ocio (*nec-otium*). Uno ve colegas —y para nada me excluyo— corriendo de aquí para allá, de un congreso al otro, del actual proyecto al que ya casi se viene, calculando puntajes, sufriendo por plazos, evaluando y siendo evaluado a cada rato, etc. Realmente dudo que sea este un escenario en el que se pueda desplegar una filosofía profunda e interesante.

Si pienso en un Humberto Giannini, que según me han contado pasea a menudo por las calles de Ñuñoa, o si pienso en eso de ganar el tiempo perdiéndolo, como decía Ortega y Gasset, en fin, en cosas como tomarse un vino con un amigo y echar a andar la conversa filosófica desinteresada, y si veo luego la vida apurada y estresada de “investigadores” que piensan fundamentalmente en términos de proyectos y productos, creo que tenemos que hacer un alto y revisar lo que estamos haciendo. Vemos, por ejemplo, a profesionales de la filosofía publicando un trabajo tras otro, lo que conduce a un fenómeno nada saludable en mi opinión: que se escribe demasiado...

-Más de lo que se piensa.

Pero mucho más, y porque un sistema te está obligando a producir y producir, con lo que esto del ocio ha pasado a ser un rótulo vacío. No digo que haya que volver a lo que teníamos antes. Cuando yo era estudiante en la Católica, nuestra queja era que nuestros profesores no escribían o demasiado poco. Pero si fuera estudiante hoy, más bien reclamaría que algunos profesores escriben demasiado (descuidando, de paso, la docencia). Claro, siempre puede haber una especie de genio que escriba mucho y todo excelente; pero genios aparte, si se publica tanto como hoy, la sospecha es más que legítima de que probablemente mucho texto carecerá de valor. Después de todo, es más fácil pillarle la lógica a la formulación de un proyecto Fondecyt que lograr escribir un texto realmente enriquecedor sobre un tema determinado. Creo que tenemos que educarnos en publicar solo aquello que realmente consideramos un aporte, solo aquello que tenemos por lo mejor que hemos podido escribir sobre un tema. Pero, claro, ahí el sistema nos juega en contra.

No digo que haya que desprofesionalizar la filosofía, ni me convencen en todos sus aspectos proyectos como el de la Universidad popular de Michele Onfray. Hasta cierto punto, por ejemplo, las evaluaciones son necesarias; pero como sucede con todas las cosas humanas, cuando la idea de las evaluaciones se exa-

cerba termina siendo una mala idea. Últimamente, de tanto tener que evaluar me he preguntado: ¿y, con el tiempo, *qué* evaluaremos si casi lo único que hacemos es evaluar? ¿Nos evaluaremos mutuamente nuestras evaluaciones? Eso puede tener sentido en algunas ocasiones (como cuando una comisión revisa evaluaciones externas de los proyectos Fondecyt), pero como situación generalizada es ciertamente un completo absurdo. No tenemos otra opción, creo, que ceder un poco en las evaluaciones y empezar a confiar más en quienes se dedican a la filosofía.

-Has dicho que te interesa la filosofía como forma de vida. ¿A qué te refieres? ¿Se puede vivir en torno a la filosofía sin ser un filósofo profesional?

Me gusta una distinción tripartita que propone un filósofo alemán llamado Gernot Böhme respecto del modo en que se puede hacer filosofía. Böhme distingue, por un lado, la filosofía académica, la que todos conocemos, la filosofía hecha en las universidades, con todo lo que eso significa: docencia, investigación, congresos, reglamentos, roles, etc. En segundo lugar estaría el concepto mundano de filosofía del que hablaba Kant, distinguiéndolo precisamente del concepto escolar o académico. Esta filosofía mundana se da cuando los filósofos se hacen cargo, lamentablemente no muy a menudo, de aquellos temas que en un momento histórico le interesan a todos y no sólo a los filósofos; en el Chile actual, por ejemplo, el tema de la educación o el del medio ambiente. Y hay un tercer concepto que Böhme distingue: la filosofía como forma de vida. Esto se da en la actualidad aún menos y no es tan fácil imaginárselo al interior de la academia; sin embargo, en la antigüedad la filosofía era fundamentalmente eso, un estilo de vivir y no un discurso o teoría. O un discurso, sí, pero al servicio de una cierta forma de vivir, con la que habría que asociar cosas como la autarquía, la quietud del alma, la amistad, la contemplación de la naturaleza, la conciencia de formar parte de un cosmos, el elogio a la lentitud, la plácida concentración en el instante presente, etc. Alguien me dijo alguna vez: “¿La filosofía como forma de vida? Pero si *todo* es una forma de vida y el modo en que viven los filósofos actuales también lo es.” Claro, pero si pensamos en esa actividad filosófica actual con características de negocio, cabría preguntarse si se trata de una forma filosófica de vivir y si no convendría volver a los estoicos, los epicúreos y los escépticos antiguos para preguntarnos qué podría significar hoy vivir filosóficamente.

-Pero ¿hay valores propiamente filosóficos de vivir? Por ejemplo, tú hablas de la lentitud o la contemplación de la naturaleza, ¿sería ese “el” modo de vivir filosóficamente?

No sé si sería una buena idea intentar acotar o definir eso que podríamos llamar una forma filosófica de vida. Diría más bien que hay elementos más o menos típicos, pero que no tienen por qué darse todos en el mismo grado. A mí, por ejemplo, me gustaría vivir filosóficamente, pero soy una persona muy urbana, cuya relación con la naturaleza es más bien tenue, débil. Pero no por eso se viene abajo la idea. No, no creo que exista “la” forma filosófica de vida; habrá diversas variantes con diversas acentuaciones. Con todo, pienso también que algunos factores son, no digo condiciones necesarias o suficientes, pero sí factores bastante típicos, que no es lo mismo; y si veo como andamos corriendo de proyecto en pro-

yecto y de evaluación en evaluación, no me nace llamar eso una forma filosófica de vida. El punto es que si reducimos la filosofía a filosofía universitaria, podemos estar perdiendo algo o incluso mucho. Por de pronto, la filosofía mundana: los filósofos tendríamos que autocriticarnos, porque rara vez hablamos de los temas públicos. Es cierto que en Chile hay algunos indicios positivos en comparación con la situación, digamos, de unos diez años atrás. El libro sobre el movimiento estudiantil de Fernando Atria (*La mala educación*, 2012) y el libro sobre educación superior de Garrido, Herrera y Svensson (*La excepción universitaria*, 2012) son motivos de satisfacción. Pero sin duda hace falta más. En fin, yo intentaría conjugar los tres modos de hacer filosofía, sin perder ninguno de ellos. No sé si para eso sea necesario dejar la universidad, pero sí pienso que la filosofía es algo tan rico y valioso que perdemos oportunidades cuando la reducimos a sus manifestaciones estrictamente académicas.

Hoy en día hablamos de investigar, ¿no? Pero habría que preguntarse cuánto hemos ganado, o si más bien no hemos perdido bastante, usando este verbo, “investigar”, para describir la tarea filosófica, y dejando de lado otros verbos que antes nos resultaban muy naturales: pensar, reflexionar y hasta meditar. No estoy seguro de que el verbo “investigar” calce del todo con la filosofía; claro que calza con las ciencias naturales, con las ciencias exactas. En el caso de la filosofía, sin embargo, hay algo que se pierde.

-Leí en una entrevista que comenzaste a adentrarte en la filosofía por el tema del sentido de la vida, ¿cómo ha variado tu percepción o tu enfoque sobre ese tema en los años que llevas estudiando, investigando y ejerciendo docencia como filósofo profesional?

Me pregunté como a los 14 años si la vida tenía sentido y, en caso de tenerlo, cuál podía ser. Pensé entonces que, de haber un sentido de la vida, tenía que tratarse de algo que no podía estar *en* la vida, sino que *fuera* de la vida. Es decir, que ese sentido, de existir, le venía *conferido* a la vida desde alguna instancia externa, distinta de la vida misma. Recuerdo que en ese tiempo escuché la canción de Serrat que habla de “vivir para vivir, sólo vale la pena vivir para vivir”. Y eso a mí me pareció chino, la cosa más ininteligible. No, me decía, si la vida tiene sentido es porque le viene de afuera y no porque lo posea en sí misma. Con ese esquema en la cabeza fui buscando respuestas y no pasó mucho tiempo hasta que hablé con un cura. Obviamente, le estaba poniendo todo en bandeja: me dijo que ese sentido efectivamente estaba afuera y que era Dios. Me volví entonces una persona muy religiosa y lo fui por unos siete años. Luego, de a poco, dejé de ser creyente, y pasado un tiempo dejé el asunto del sentido de la vida como en *stand by*. Como a los 48 años retomé el tema, ahora sin fe religiosa, pero conservando algo del esquema: las personas religiosas pueden decir que sus vidas tienen sentido y ese sentido le viene dado a sus vidas desde afuera (de hecho, así se suele hablar: “lo que le *da* sentido a mi vida es...”). Pues bien, la pregunta que a mí me interesa es qué pasa con las personas que no son religiosas ni que tampoco creen en una utopía marxista, que ha sido una forma no religiosa de encontrar un sentido que trasciende la vida humana concreta. Y lo que anima mi búsqueda actual es una intuición que Wittgenstein expresa en el *Tractatus* (la llamo una intuición porque no la desarrolla). Sostiene ahí que la solución del problema de la vida se detec-

ta en la desaparición del problema. En otras palabras, más que una respuesta a la pregunta por el sentido de la vida, la clave estaría en que la pregunta se deje de plantear. Y eso es lo que yo trato de mostrar, cómo puede funcionar algo así. La idea más general es que la pregunta por el sentido de la vida, que nunca deja de ser una pregunta teórica, podría quedar sin respuesta, al ser reemplazada por una pregunta práctica muy distinta: ¿cómo vivir bien? Esta es la llamada pregunta por la vida buena. ¿Qué y cómo hacer para llevar una vida lograda, una vida feliz?

Por lo demás, y con relación a esa filosofía tan profesionalizada de la que hablaba antes, me parece un ejercicio aconsejable que filósofos o filósofas vuelvan, en algún momento de sus vidas, sobre aquel tema que originalmente los impulsó a meterse en este asunto tan extraño y hermoso. En mi caso fue la pregunta por el sentido de la vida. Pasados más de 30 años la retomo, y es como retomar algo que para mí siempre ha sido de alguna manera importante, solo que ahora desde una mirada más madura, con más elementos de juicio. Se trata, pienso, de un ejercicio interesante, en virtud del cual nuestra reflexión teórica probablemente ganará en coherencia, madurez y profundidad.

-¿Por qué hacer filosofía hoy? ¿Para quién escribes tus textos filosóficos?

Creo que hay varias respuestas a la pregunta de por qué filosofar, pero la primera es, en mi caso al menos, porque me gusta. O no porque me gusta, sino porque me *requete* gusta. Importa, creo, decirselo pronta y directamente a quienes comienzan a estudiar filosofía: si esto no te gusta *mucho*, mejor piensa en hacer otra cosa; lo demás es planificar mal la vida. Si el futuro laboral de un licenciado en filosofía es incierto, si tampoco se trata de ganar mucha plata, si no es nada de eso, ¿qué va a ser entonces sino las simples ganas? Esa es mi primera respuesta y quizá también la última. Pero no la única: me mueve también hacer algo que en algún sentido pueda servirle a otros. Tú me preguntas para quién escribo. Bueno, supongo que muchos de los textos que he escrito han estado dirigidos a gente que está metida en los temas específicos sobre los cuales tratan esos textos. Pero también aspiro a escribir a un público más amplio. Cuando me invitaste a esta entrevista, me preguntabas por el asunto de la metáfora. Ese es un libro que escribo no sólo para filósofos, y menos todavía para filósofos del lenguaje exclusivamente, sino que para toda persona medianamente culta que, al ver el título y una breve descripción del libro, se interese por leerlo. No empleo ahí tecnicismos que no sean absolutamente necesarios, y cuando lo son, los intento explicar sin dar nada por supuesto. Tampoco es un texto con muchas citas y referencias bibliográficas. Escribo ahí para un público... no sé, no diré para todo el mundo, porque quizás se requiera de un cierto nivel cultural; pero solo de un *cierto* nivel cultural y el interés por un tema. Y la idea sería que el libro suscitara en algún lector algo de esa satisfacción que he experimentado yo al pensar y escribir sobre esos temas. ¿Por qué otros motivos dedicarse a la filosofía? Bueno, también hay una dimensión más personal. No es algo fácil de explicar pero tiene que ver un poco con eso de meditar. Meditar sobre lo extraña que es la vida, sobre la muerte... no sé, en todo eso, tal como en la contemplación del techo de mi casa, encuentro una especie de tranquilidad interior. Por cierto, ese ejercicio o meditación probablemente nunca llegará a escritura, o si ello ocurre en alguna medida no será, desde luego, en calidad de *paper*. Porque esa es otra cuestión actual que, como muchos, critico duramente. Nos han formateado dentro de un cierto modo

de escribir y hay temas que simplemente se sustraen o resisten a ese modo. En fin, creo entonces que hay varias respuestas a la pregunta de por qué filosofar (y no creo haberlas mencionado todas), pero una que nunca quisiera dejar en el tintero es: porque me gusta. ¿Que por qué me gusta? Porque sí, porque me gusta.

Hablabas recién sobre el formateo de los papers. Tú has investigado sobre filosofía del lenguaje. Y me llama la atención el estilo medianamente similar con que se escriben los papers: muy esquemáticos, anunciando en cada capítulo lo que va a plantearse en el siguiente, partiendo con un resumen y palabras claves. ¿Qué sentido tiene todo eso y en qué medida restringe las posibilidades de conocimiento que darían textos con un estilo personal, que aborden los problemas desde el lenguaje de un modo diferente, no estandarizado?

En el *paperismo* —que dice relación, ojo, no sólo con un *modo* de escribir, sino también con una *cantidad* excesiva de artículos— veo más inconvenientes que beneficios. Si bien es cierto que algunos temas, relativos quizá al lenguaje o al conocimiento, se prestan para el tipo de textos esquemáticos que describes, también hay otros temas, como el arte, el poder, el amor, etc., sobre los cuales dudo mucho que sea conveniente escribir de esa manera. Habrá que hacerlo en un estilo más ensayístico, más literario, con otras estrategias y metodologías. En filosofía analítica, por ejemplo, existe la vieja costumbre de definir un concepto, es decir, de fijar las condiciones necesarias y suficientes para poder afirmar que estamos hablando de conocimiento, de justicia o lo que sea. Pero yo pensaba recientemente, a propósito de la cuestión del sentido de la vida, que si en algún momento llego a leer en un texto anglosajón algo así como “la vida tiene sentido *sí y solo sí...*”, abandonaría esa lectura de inmediato. ¡El autor no habría entendido que eso de las condiciones necesarias y suficientes puede ser un instrumento para indagar ciertas cosas, pero no otras! ¡Un total despropósito! En un texto sobre el sentido de la vida convendría, en cambio, referirse a ciertas películas o novelas, comentar algún poema, describir una situación personal, etc. Es más, incluso sobre temas relativos al lenguaje o al conocimiento se puede dar con aspectos interesantes, acaso más interesantes, en formatos distintos al del *paper*. Es muy necesario, pienso, repensar y retomar la forma del ensayo, esa escritura que, por lo demás, cuenta en nuestro continente latinoamericano con una tradición tan notable.

-Cuéntame un poco más sobre ese libro que estás haciendo, sobre la metáfora.

Es un texto que dejé detenido hace un rato, a pesar de estar casi listo, y que espero poder retomar este año. Se compone de ocho estudios relativamente independientes, aunque hay una noción que los recorre y que considero crucial para el tema de la metáfora: la noción de contexto. Trataré de explicar esto brevemente. Una cuestión que siempre me ha interesado es la relación entre metáfora y conocimiento. Hasta mediados del siglo pasado las metáforas eran consideradas un mero adorno estilístico, mientras que ahora se habla sin mayor problema de su función cognoscitiva. Pero hay que explicar en qué consiste dicha función. Pues bien, lo que hacen muchas metáforas es, pienso, crear un contexto, un nuevo contexto dentro del cual habérselas de un modo distinto y hasta insospechado con el tema del cual habla la metáfora. Por ejemplo, en una metáfora tan simple

como “el árbol es tu amigo”, el tema de la naturaleza es transportado a un contexto de relaciones sociales. Entonces, metaforizar es recontextualizar. Y lo interesante de usar aquí la noción de contexto es que cuando hablamos, por ejemplo, del contexto de la amistad, no sólo nos referimos a una serie de informaciones (los amigos son así y asá), sino que también a disposiciones afectivas y también volitivas. Otro ejemplo: “la pobreza es un delito”. El tema, esta vez económico, es visto a la luz de un contexto ético y legal. Pero lo que podríamos llamar el contexto del delito no lo conforman sólo las verdades acerca de ese fenómeno. El delito también nos da *rabia*, entonces nos comienza a dar rabia la pobreza; el delito nos llama a realizar *acciones* en su contra, lo mismo entonces la pobreza... La metáfora no sólo nos brinda o recuerda informaciones. Su eficacia estriba en que puede, a la vez, crear *actitudes* nuevas respecto de un tema, nuevos afectos, nuevas voluntades. Eso hace de la verdad propia de muchas metáforas algo muy rico y complejo, lo que de paso nos lleva a repensar el concepto de verdad en general.

-Existe una Asociación Chilena de Filosofía en la que entiendo que has participado activamente.

Sobre todo en su fundación, junto con Wilfredo Quezada, de la USACH, y otros amigos y colegas. Eso fue el 2009. Luego he seguido participando, pero ya no tan directa y dedicadamente.

-¿Qué te motiva a participar de esas instancias? ¿Cuál es el valor que le das y cómo es el funcionamiento actual de ese grupo?

Mi impresión es que la ACHIF pasa por un buen momento. Ya está en marcha la organización del III Congreso Nacional de Filosofía que se realizará en noviembre de este año en Valparaíso. Y los dos congresos anteriores fueron un completo éxito, el primero en Santiago (2009) y el segundo en Concepción (2011). ¿Cuál es la importancia de instancias como esta? Bueno, hasta el 2009 pasaban cosas como que alguien conocía los nombres de José Jara, Mariano de la Maza o Jorge Acevedo, pero no conocía las caras correspondientes. Y eso le ocurría no solo a estudiantes, sino también a colegas con años de circo. El primer y muy simple objetivo fue entonces, y sigue siendo, que los profesores y estudiantes de filosofía en Chile nos conociéramos mejor, nos encontráramos, sepamos qué se está haciendo. Si la convocatoria ha sido hasta ahora tan exitosa, es porque hay ahí una necesidad real. Creo también que la comunicación entre los departamentos de filosofía es hoy bastante mejor que hace cuatro años. En fin, me alegra pensar que en noviembre podemos tener un estimulante tercer encuentro en mi puerto natal.

Con el tiempo, la ACHIF se ha puesto más ambiciosa y ya no sólo quiere organizar estos congresos bianuales. La pregunta es qué se puede hacer de una manera constante, incluidos aquellos años, los pares, en que no tenemos congreso. Ahí hay una serie de iniciativas, por ejemplo, una comisión sobre el tema, absolutamente crucial en mi opinión, de la filosofía en los colegios. Los objetivos de la ACHIF son el cultivo y la defensa de la filosofía en Chile. Me parece una buena cosa que exista y que se haya organizado como se organizó: la directiva la conforman siempre aquellas personas que organizan el próximo congreso y en cada encuentro se elige la próxima directiva. O sea, en Valparaíso elegiremos la directi-

va que organizará el congreso siguiente y a la vez fijaremos el lugar en que este se hará. Eso permite que nadie se “aperne”, porque las personas de la directiva son simplemente las que están trabajando para el próximo congreso. El año pasado, en Concepción, incorporamos también la figura del país invitado, que fue en ese caso Colombia. Y esto resultó, pienso, harto interesante, porque en el Congreso Colombiano de Filosofía que se realizó casi un año después, el país invitado fue Chile. Se dio entonces un doble intercambio entre dos comunidades filosóficas: a Concepción vinieron unos 25 colombianos, lo que es un número importante; y al año siguiente fuimos a Manizales unos 14 chilenos, lo que tampoco está mal.

-¿Has notado algún cambio de actitud en tus alumnos luego de las movilizaciones por la educación del 2011? ¿Hay un mayor interés en las clases, hay más pensamiento crítico, o aún los tienes que motivar para que lean y vayan a los ramos que toman, como decías en una entrevista que diste hace unos años?

Hay varias respuestas también para esta pregunta. Dicho en general, mi experiencia con los estudiantes es que existen como ciclos; a veces viene una generación muy buena y luego puede tocar un período de sequía, de estudiantes en promedio más bien fomes. En cuanto al 2011 —y hablo aquí solo de la experiencia en la Católica—, fue un año muy especial, porque siendo una universidad de las características que conocemos, la gente se movió. Tuvimos paros, no muchos, no como en la Universidad de Chile, pero igual tuvimos un par de paros y eso en la UC dista de ser obvio. Por supuesto, no todo el mundo estaba a favor de la movilización estudiantil, pero eso mismo generó otra cuestión positiva: la necesidad de discutir e intercambiar argumentos, algo que se dio siempre en un clima de respeto. Yo estaba a favor de los paros, pero tenía en mis cursos a estudiantes de derecha queriendo que hiciera la clase. Entonces hubo que argumentar y pienso que fueron discusiones valiosas. Para mí fue un año fantástico en el que descubrí, pero a nivel de experiencias concretas, que ser buen profesor universitario implica mucho más que preparar debidamente las clases. Además, se creó una agrupación que luego se llamó “Académicos UC por la Reforma”, académicos que estábamos a favor de la movilización estudiantil. Por primera vez nos vimos ahí las caras personas que pensábamos bastante parecido. La verdad es que yo ni sabía bien que había en la UC personas de un perfil ideológico como el mío. El 2011 me permitió conocer entonces una Universidad Católica diferente. Volviendo a los estudiantes, agregaría que, pese al 2011, se trata de un estudiantado un poco apático y que me gustaría ver más involucrado en las cuestiones que están pasando fuera de la universidad. Tiene que ver con ese segundo concepto de filosofía del que conversábamos antes, la filosofía mundana. Por lo que, en realidad, la crítica vale para nosotros profesores, no menos que para los estudiantes.